

RENÉE DE LA TORRE

PARTICIPACIÓN DE LA MUJER EN LA GUERRA CRISTERA

Vaca, Agustín. *Los silencios de la historia: las cristeras*, El Colegio de Jalisco, Zapopan, 1998.

El libro de Agustín Vaca se antoja leerlo por distintas razones que van desde un título seductor, una edición cuidada con esmero, una redacción sencilla y pulcra, un fino tejido de ideas e imágenes como textura del contenido del libro y, finalmente, por la riqueza de los testimonios vitales de las mujeres cristeras entrevistadas. El libro, a lo largo de sus 282 páginas, logra el equilibrio entre el rigor académico, el espesor histórico y la frescura literaria.

El título de la obra *Los silencios de la historia: las cristeras*, expresa en gran medida el afán del autor de rescatar la óptica propia del sector femenino que participó en la guerra cristera. Desen-

tiera las voces de cinco mujeres que decidieron engrosar las milicias de una guerra religiosa en búsqueda de un lugar donde las mujeres tuvieran cabida, fuera en el más allá mediante la ofrenda de su propio ser y la idea de alcanzar la vida eterna mediante el martirio, o fuera para conquistar espacios sociales y lugares simbólicos que la instrucción religiosa de principios de siglo había proporcionado a las mujeres, pero que la aplicación de la Constitución parecía arrebatarles.

El primer anordazamiento del habla está referido a lo que Agustín describe como "la conjura del silencio", recetada por la Iglesia católica como medicamento para mantener el ambiente de paz entre los católicos y el Estado laico, que había sido pactada en 1929 mediante un arreglo copular. Sin embargo, esta medicina ni apaciguó el sentimiento de frustración de aquéllos que habían confiado en la guerra santa para terminar con los males acaecidos por un Estado anti-

clerical, ni tampoco logró que el silencio borrara la memoria. Fue hasta 1945 cuando los antiguos combatientes fueron recuperando la voz de su memoria por medio de la Legión de Cristo Rey y Santa María de Guadalupe, que se dio a la tarea de reunir los relatos, datos y documentos sobre la guerra cristera y, posteriormente, desde 1952 hasta 1968, de publicarlos en la revista *David*.

La conjura del silencio también contagió a los historiadores, quienes durante decenios no prestaron atención a la guerra cristera, considerándola un tema poco relevante para la historia de México. Todavía en 1966, cuando la primera historiadora decidió abordar el conflicto religioso en su tesis de maestría, sus profesores intentaron persuadirla de cambiar su proyecto de investigación. A los pocos años la obra de Jean Meyer sobre la Cristiada, en tres tomos, no sólo sería bien aceptada tanto por la comunidad académica como por los lec-

tores, sino que contagió el interés de muchos académicos e historiadores en el tema.

Sin embargo, aunque la guerra cristera había roto el silencio de la historia, las voces de las mujeres combatientes se mantenían reservadas sólo en la memoria de sus protagonistas, y con peligro de morir junto con ellas "la cristiada en femenino". Ya antes, el presbítero Darío Miranda había quemado el archivo de las Brigadas Femeninas de Santa Juana de Arco, y con ello borraba las huellas de su participación. El autor revisa cuidadosamente la literatura existente sobre la Cristiada y encuentra que mientras la historiografía muestra a las mujeres como actrices que sólo secundaron a los hombres, la literatura cristera, por medio de los cuentos y las novelas, las dibujaba como las protagonistas principales de la rebelión.

Las novelas cristeras habían sido menospreciadas por los críticos literarios por no cubrir los cánones esté-

ticos, y por los historiadores por no ser fieles a lo sucedido. Pero son rescatadas por Agustín Vaca, quien las valora como "estructuras narrativas socialmente significativas y portadoras de un conocimiento específico".¹ Es decir, como maneras particulares de ver, simbolizar y valorar los hechos sociales. Mediante el análisis de tres novelas (*Héctor*, *La virgen de los cristeros* y *Pensativa*), rescata el imaginario que los hombres de la época tenían sobre la mujer, primero en los rasgos estéticos:

Que las tres sean bellas en extremo, blancas, con ojos oscuros, nariz recta y cabelleras que van del rubio al castaño; que sean inteligentes, cultas, católicas devotas, y que pertenezcan a una clase social privilegiada, evidencia que en los autores todavía prevalecía, ya bien entrado el siglo xx, el conjunto de ideas sobre la belleza fe-

menina que imperó en Europa occidental desde el renacimiento hasta finales del siglo XVIII.²

En segundo lugar, en relación con el *estatus*:

Las tres mujeres son huérfanas de padre y madre, administran sus propios recursos económicos y son solteras, circunstancias que se añan al conjunto anterior para dar a dichas mujeres una libertad de acción inusual entre ellas, no sólo durante la época colonial sino hasta en el siglo xx.³

Las cristeras de papel, aun sin perder los rasgos que las intimaban con el imaginario de feminidad de la época, eran piadosas pero a la vez inteligentes y valientes, tenían don de mando aunque acataban la autoridad, eran capaces de tomar decisiones por ellas

¹ Agustín Vaca. *Los silencios de la historia: las cristeras*. El Colegio de Jalisco, Zapopan, 1998, p. 86.

² *Ibid.*, p. 101.

³ *Ibid.*, p. 106.

mismas y a la vez eran abnegadas. Las cristeras de papel fueron las primeras en resistirse a obedecer las leyes restrictivas a las actividades clericales. Sus motivos para participar en la guerra se limitaban a sus creencias religiosas. Las cristeras de papel no sólo alimentaron, cuidaron la salud y dieron acompañamiento moral a los combatientes, sino que también, como es el caso de la capitana (Consuelo) y de la Generala (Gabriela Infante), encabezaban la insurgencia:

La Generala sabía mandar mejor que los hombres... La hubiera usted visto en los combates ¡Qué valientísima era! Nadie quería desobedecerla y era la primera que le entraba a los tiros. Cuando veía que empezábamos a sentir corvas, agarraba la bandera y gritaba: ¡sígueme los hombres! Y se echaba entre los enemigos, que la veían y se ponían a temblar.⁴

⁴ *Ibid.*, p. 110.

No obstante, la bravía de las mujeres no significaba que no se mantuviera que el destino final de toda mujer lo constituía el matrimonio.

Las cristeras que nos presenta Agustín Vaca son "de carne y hueso" y no "de papel", como las mujeres excepcionales que fueron recreadas en las novelas. Por medio de cinco testimonios de mujeres ordinarias de la época: Margarita era sirvienta y formó parte de las Brigadas Femeninas de Santa Juana de Arco; Antonia, maestra de primaria, ocupó el grado de coronela en las Brigadas; Socorro, ama de casa, esposa de uno de los líderes del levantamiento cristero; Dolores, hija de un activista católico que se unió a las labores clandestinas de las Brigadas; y Marina, quien también participó en las Brigadas. Agustín va dibujando la trama social de la época. Sin embargo, ellas provienen de estratos sociales diferentes, tienen distintas profesiones y difieren en sus niveles de educación y en sus estados civiles.

El autor señala que en ese momento las mujeres tenían nuevas expectativas sobre su participación social y política, pues la Revolución había abierto canales alternativos de participación femenina en la sociedad, además de los cambios que habían puesto a tambalear el orden anterior, incluyendo el de la economía familiar. Otro cambio importante fue el impulso clerical que dio a las mujeres como agentes de cambio social, mediante las actividades promovidas por la doctrina social cristiana en la Asociación de Damas Católicas, que buscaba formar a la mujer para influenciar moral y religiosamente a la familia y a la sociedad local. Sin embargo, estas necesidades, expectativas y actividades femeninas se topaban con pared, porque los cambios no habían impactado con igual fuerza en el sistema cultural marcado por prejuicios sobre la participación pública (intelectual, profesional y política) de la mujer. Los testimonios de las mujeres dejan ver

que vivían sometidas a un régimen cotidiano de vigilancia y restricciones en sus roles sociales.

En los años veinte, las mujeres buscaban nuevas expresiones por distintas vías, algunas incorporando las modas atrevidas de los vecinos del norte, otras participando activamente en la formación primaria y catequista de los niños, otras más por medio de las actividades católicas, en las cuales la mujer tenía particular importancia, pues el hogar, la escuela y la Iglesia, en el marco de los ataques anticlericales del Estado laico, se convirtieron en los tres reductos sociales que al estar estrechamente ligados con el mundo de la mujer, se sentían amenazados por el laicismo. Sin duda, ello explica por qué en los primeros intentos de aplicar vigorosamente la Ley Calles en 1926, fueron las mujeres quienes reaccionaron con mayor violencia para defender a los clérigos de la vigilancia impuesta para que la Constitución en materia de cultos se

aplicara. Las mujeres se arrotinaban bravamente para defender su templo, llegando incluso a la barbarie, como fueron los casos de la defensa del templo de la Capilla de Jesús, en que un grupo de mujeres robó al jefe de las Comisiones de Seguridad y, al no lograr hacerlo exclamar por la fuerza "Viva Cristo Rey", lo apedrearon de manera salvaje; o el conocido caso del Santuario de Guadalupe, en el que una mujer considerada como "Juana de Arco" apuñaló al oficial de mando que intentaba entrar en el templo. La sumisión característica de las mujeres dio paso a la violencia más encarnizada.

El papel de las mujeres en la guerra cristera fue de primordial importancia. El 21 de junio de 1927 se fundaron las Brigadas Femeninas de Santa Juana de Arco, y las damas participaron en distintas comisiones: en la recaudación de fondos monetarios para financiar la guerra, en la entrega de mensajes en los campamentos, en el tráfico de armamento, en el espionaje, así como

en la beneficencia para atender a los heridos de guerra. Su relevancia encontraba sustento en que los prejuicios culturales, de manera paradójica, les daban ventajas durante la rebelión, ya que la ley no se les aplicaba con igual crudeza a las mujeres que a los hombres. Por ejemplo, al principio de la guerra las mujeres gozaban de mayor impunidad para ser encarceladas. Sus habilidades domésticas eran también necesarias en las actividades de guerra, pues ellas eran quienes cosían los chalecos para transportar el parque a los levantados; en las tareas de espionaje mantenían su presencia en la vida diaria y podían conseguir apoyos entre sus redes familiares y sociales, ya que los hombres combatientes vivían en la clandestinidad. De manera paradójica también las mujeres actuaban mediante una red de complicidad entre elementos militares del bando contrario, ya fuera porque eran los mismos quienes les vendían armamento, porque sus encantos femeni-

nos las protegían de la violencia masculina; porque, según la mentalidad de la época, las veían como seres frágiles y débiles, o porque el valor de la pureza en las mujeres era compartido aun por los militares y policías o porque, a pesar del divisionismo ideológico, ambos compartían cercanía en la vida diaria. Un testimonio ejemplar de dicha situación es el que nos ofrece Antonia:

A la otra casa de nosotros vivía Ramón Romero Gómez, que era nada menos que el segundo en Inspección de Policía... ése nos libró de muchas cosas. Un día que se llevaron a Lola mi hermana a la Inspección, Ramón la salvó porque dijo —¿Y tú qué andas haciendo aquí? Anda lárgate para la casa, entrometida... la echó fuera [si no, la] habían metido a la cárcel como a Caca Hueso... Él quería mucho a Lola, a mí se me hace que la quería con otras intenciones porque era muy fino con ella. Y escapó. Así fuimos escapando

y a ninguno, a ninguno, nos tocó estar presos.⁵

Sin embargo, a pesar de que muchas Juanas de Arco pudieron sortear el peso del castigo, ello no quiere decir que no estuvieran expuestas a padecimientos físicos y morales. Incluso las mujeres tenían menos miedo al martirio que a ser violadas sexualmente.

A partir de 1929, fecha del pacto copular que pusiera fin a la guerra cristera,

las Juanas de carne y hueso tuvieron que regresar a la cotidianidad: Socorro, quien perdió a su marido en la guerra, contrajo matrimonio y se desempeñó como ama de casa; Antonia y Marina se reintegraron a sus labores de maestras; Margarita continuó luchando por sus ideales de forjar una patria católica, pero ya no con las armas, sino por la vía civil y por medio

⁵ *Ibid.*, p. 282.

del sinarquismo; Dolores se desempeñó como maestra de inglés en un colegio particular.

Todas ellas aprendieron a sentir frustración, resentimiento y enojo hacia la institución que habían defendido hasta el punto de poner en riesgo su vida o de haber perdido a sus seres queridos. La Iglesia católica era la misma que las había traicionado y abandonado a su suerte en su cruzada religiosa. Antonia recuerda que:

Fue una reacción horrible, yo me enojé mucho hasta con los obispos porque yo no quería que hubiera arreglo. Y todos en mi casa estábamos indignados. Y llegaban los que luego fueron mis cuñados, pateaban, gritaban, maldecían, bueno. Querían que siguiera la lucha... No nos importaba que hubiera muchos muertos, no nos qué, que hubiera, pero que saliéramos de las garras de los callistas y todos ellos, deregnistas y todo. Nosotros tenía-

mos ánimos para seguir trabajando aunque nos diera mucho trabajo y nos expusiéramos mucho.⁶

Socorro expresa su sentimiento por medio de las palabras de su marido, cuando llegó la noticia de los posibles arreglos, pocos días antes de morir en la trinchera.

Diles a los del centro que no queremos arreglos a medias, todo o nada, que si se cansaron de ayudarnos o no nos quieren ayudar, nos dejen morir podridos en las montañas en señal de protesta.⁷

Finalmente, Agustín Vaca concluye que: "las católicas percibieron que mientras el régimen revolucionario no daba cabida a las mujeres en sus instituciones, negándoles toda posibilidad de ser sujetos de la historia, al

⁶ *Ibid.*, p. 273.

⁷ *Ibid.*, p. 274.

mismo tiempo impedía las actividades de la Iglesia católica, única institución que les daba oportunidad".⁸

Si así fue, entonces surgen algunas preguntas: ¿lograron algo con su lucha?, ¿abrieron espacios para su participación social? A ello, Antonia nos responde que la Iglesia católica no sólo las traicionó, sino que además arrastró a las mujeres y les cerró las puertas que antes les había abierto para que participaran en la sociedad:

Se formó una cortina de hierro, qué cortina de hierro, a todo el pasado, a nosotros, desgraciadamente, en aquello que se podría dar a la juventud ejemplo, y todo se borró por completo ... entonces hicieron de la ACJM una congregación de devoción, de rosario, de venir en la procesión, de todas esas cosas, pero no para lo que la había formado el padre Bergönd.⁹

Entonces uno no puede escapar a la siguiente pregunta: ¿valió la pena su sacrificio? Y es el turno para que Margarita tome la palabra y que nos responda con un refrán cargado de sabiduría popular, porque es ahí y no en los discursos maquillados, donde se puede expresar lo más hondo de los sentimientos:

Si he sabido que era pebo, ni los calzones me quito. Luego, luego se me vino eso, dije: mm, si he sabido eso, no me meto; tanto que trabajé para nada, ...tanto sacrificio, tanto susto, tantas hambres, mojadas, para nada. Pero yo con el Papa no me pongo, no, porque ése me friega.¹⁰

⁸ *Ibid.*, p. 22.

⁹ *Ibid.*, p. 25.

¹⁰ *Ibid.*, p. 271.